

LA NUEVA GRANADA, PARAÍSO PERDIDO,
REFLEXIÓN A PARTIR DE *VIAJE A LA SIERRA*
NEVADA DE SANTA MARTA DE ELISÉE RECLUS

0.

La defensa de la “unidad geográfica”, es decir, de la yuxtaposición en los escritos de los geógrafos de referencias de todo orden, físico, biológico, humano, hace del viajero francés Elisée Reclus (1830-1905) el fundador de la Geografía Moderna. Discípulo del geógrafo alemán Karl Ritter (1779-1859), célebre autor de una *Geografía comparada*, y prosélito del anarquismo, que preconizaba la supresión del Estado, a los 25 años Reclus tiene la oportunidad de adelantar su vocación geográfica y sus ideales de respeto en un recorrido de dos años por tierras del litoral caribe colombiano.

La primera imagen que se hace Reclus de la república granadina es la de una ciudad en movimiento, Colón-Aspinwall (en la actual Panamá), donde han convergido hombres de todas las nacionalidades buscando enriquecerse en la mortal empresa del ferrocarril de Panamá. Las fiebres del dinero y la malaria surcan las calles, incendian las miradas; allí están los negros poniendo su fuerza y energía, los chinos despatriados y solitarios, irlandeses, franceses... El proyecto no lo adelantan los granadinos precisamente, sino los estadinenses, amos y señores de la tierra y el capital; el istmo signa su pacto con ellos como si los hubiera esperado por siempre. Pero aquel hormiguero infecto donde se trabaja rudamente al precio de la vida misma no era, ni mucho menos, la expectativa que traía Reclus de la república de la Nueva Granada, y aunque a su vez sueña con una gran empresa de explotación y comercio, aquella contundente primera imagen contribuye para que se representen las dificultades de desarrollo

de la Nueva Granada, su prematura dependencia de los Estados Unidos, su magnanimidad al otorgar territorios invaluable que nunca más retornarán a sus manos. En Colón-Aspinwall no es la Nueva Granada la que crece y se proclama ante el mundo, es Estados Unidos a costa de jamaíquinos, europeos y orientales quien da un paso firme para consolidarse como imperio.

Reclus se aparta aterrado de Colón-Aspinwall porque la información que tiene de la Nueva Granada obviamente no coincide con aquella furia de desarrollo que se adelanta en el istmo; su recorrido a lo largo del litoral atlántico colombiano le irá mostrando, por el contrario, cómo una nueva nación es a su vez una vieja estructura ya sin programa en el tiempo; la dejadez, la ruina, la improvisación, el abandono de tierras ubérrimas, de rutas de comercio pintiparadas, de ciudades y pueblos son el espectáculo de viejas glorias; la nueva república se resiste a fomentar su antigua imagen de esplendor; la libertad ha generado un abandono, una acomodación que tardará aún muchos años en configurarse. ¿Qué clase de nación es la que Reclus visita entonces?; la decadencia de un mundo que no ha entrado aún en la fase de su verdadero crecimiento resulta evidente en diferentes aspectos de la administración, de la vida misma de las personas, de las ciudades; en las rutas de comercio todo está por hacerse, en las tierras baldías también, en las ciudades y puertos igualmente, sin embargo pareciera que al mismo tiempo todo está hecho; la costumbre cubre los días adaptando el trabajo y el espíritu al placentero sol caribeño, a la brisa del mar, a las estrellas.

Reclus ve la Nueva Granada en ciernes, deseosa de oleadas de migración que le extraiga su savia y su ejemplo; los tiempos reclaman movimiento, explotación, cambio . . . , pero allí donde la libertad ganó su causa derrumbando el tótem español, las clases sociales, los partidos políticos, los grupos étnicos se autodefinen distanciándose y oponiéndose; en el ambiente se prepara un gran movimiento, pero no precisamente de desarrollo y concordia, sino político, social, de inestabilidad; en la sociología de las regiones existen ya

irreconciliables rencores escritos entre blancos e indígenas, creoles y extranjeros; el sueño de nación contraataca a los neogranadinos, asalta su variedad étnica y cultural con un maremágnum de decretos, leyes, odios particulares, soledades y silencio.

Eliséé Reclus, más que vivir la realidad neogranadina, la soñó, la idealizó; en este sentido su relato *Viaje a la Sierra Nevada de Santa Marta* (1861), primer testimonio narrativo-geográfico de su larga carrera científica e ideológica, expone sin ambages sus ideales más fervientes. Pero vayamos por partes.

1. EL IDEAL DE COLONIZACIÓN

En *L'Homme et la Terre* (1905-1908), Elisée Reclus plantea, entre otros, los siguientes fenómenos sociológicos:

- Paralelismos históricos.
- Contemporaneidad casi rigurosa en la evolución social.
- Impulsiones generales del mundo entero en la misma dirección que no se explican de manera esencial por los contagios imitativos.

Dichos fenómenos podemos simplificarlos en la máxima: “contemporaneidad y paralelismo”. La furia colonizadora de Europa ha quedado consumada, a cambio, las diferentes sociedades modernas del mundo buscan unificar sus líneas de expresión e intercambio; en este sentido en Latinoamérica no es menor la tentativa de “europeización”; es inevitable, América imita a Europa, quiere hacerse a su medida, quiere virar sus formas de cultura, desarrollar sus instituciones políticas, impulsar el progreso a su manera. El esfuerzo furibundo del ferrocarril de Panamá, la heredada segregación racial de los nuevos habitantes de América, el interés genuino de los jóvenes del Caribe por la cultura, la ciencia y las lenguas vivas, la pasión republicana, no son más que algunos ejemplos de las observaciones de Reclus a este respecto.

Pero Europa aún sueña devorar el festín americano, incursionar en sus estructuras sociales e ideológicas, monopolizar su comercio, explotar sus recursos, extenuarla y abandonarla. La nueva colonización de América es la que porta la bandera del progreso, el desarrollo y la técnica; el sometimiento de los aborígenes a la religión católica, suficientemente arrostrado como ideal, ha pasado a un segundo plano; ahora el programa para el Nuevo Mundo es la "civilización". América sigue siendo un objeto; Europa no ha hecho más que cambiar el procedimiento político de su relación con ella.

Reclus plantea:

Por las líneas de un comercio activo se encuentran y se unen allí [en Río Hacha] varias sociedades de origen y costumbres completamente diferentes: los hombres de sangre mezclada, que forman la mayoría de la población, los guajiros nómadas, los tímidos e industriosos aruacos, *por aquí y por allá algunos Europeos, grupos esparcidos que representan el elemento moderno del progreso*¹.

Ciertamente la naturaleza virgen es bella, pero es de una tristeza infinita: lo que le falta para hacerla feliz es la fecundidad, el aderezo de campos y ciudades que le dan los trabajadores (cap. XVI, pág. 238).

Después de las extensiones arenosas y sombrías que separan Río Hacha de Treinta, aquellos cultivos diversos fascinaban mis ojos tanto como jardines encantados; en uno de esos campos preveía ya como sería el porvenir de la América meridional; poblada y cultivada por millares de habitantes (cap. XII, pág. 178).

El afán particular de recolonización de la Nueva Granada que muestra Reclus, su idea insistente de las ventajas de las migraciones de trabajadores, obedece a esa suerte de pensamiento ambiguo del siglo XIX que a la par que descubría y fomentaba el exotismo, tendía como siempre al interés de usurpación y aprovechamiento de los recursos foráneos. El considerar a la Nueva Granada como territorio expedito para

¹ ELISÉE RECLUS, *Voyage à la Sierra Nevada de Sainte-Marthe*, Zulma Éditions, Cadeilhan, 1991, pág. 131 (La traducción y el subrayado son nuestros).

adelantar la producción agrícola tecnificada, aun en territorio indígena, el respeto de Reclus por las demás culturas resulta evidentemente nominal, una forma de *politesse* tras la cual va el cálculo y el dominio. En este sentido Elisée Reclus tipifica al *aprovechado*, aquel que especula sobre la alteridad para sacar el mejor provecho posible del medio en el que es extranjero, aquel que se adapta a todos los contextos sin necesidad de representar una ideología particular. Tzvetan Todorov la presenta así: “De los demás [*el aprovechado*] no sabe más que lo que le es indispensable para servirse de ellos: aprende a hablarles y a convencerlos. El otro es tomado en una relación pragmática, sin ser jamás el objeto mismo de la relación”².

Así, cuando Reclus entra en contacto con los indígenas aruacos, explota su situación excepcional en medio de la Sierra Nevada sin interesarse por ellos sólo en la medida en que le permiten gozar de ciertos privilegios como la alimentación, la protección y el conocimiento de la Sierra. Queda claro entonces porqué Reclus, un joven inexperto de 25 años, desconocedor de la geografía y de la sociedad granadina, pretende imponerse como agricultor en la agreste Sierra Nevada de Santa Marta, a unos pasos de los indígenas aruacos, sencillamente porque ostenta, como extranjero, cierta calidad de “sabio explorador”; condición teórica de “superioridad” de la que no se priva de sacar provecho. El propio Reclus concede: “Para triunfar en un país nuevo es necesario dejarse crear un destino de todas las piezas y no buscar una posición ya hecha” (cap. XII, pág. 183).

En nada corrige la intención de Reclus el que su empresa haya fracasado; él, como muchos, representa al intruso europeo decidido a desbrozar pueblos y tierras de la América aborígen. En la Nueva Granada en particular fueron innumerables los casos de europeos venidos de la nada a adelantar grandes empresas; el alemán Geo von Legerke retratado por

² TZVETAN TODOROV, *Nous et les Autres, la réflexion française sur la diversité humaine*, Éditions du Seuil, Paris, 1989 (La traducción es nuestra).

Pedro Gómez Valderrama no fue un personaje de ficción, sino un fugado de su tierra que se convirtió en pilar y leyenda de su raza en Santander, asimismo el peluquero francés que cita Reclus, quien malogró como “ingeniero” la maquinaria y el capital para la explotación de las minas de oro en Antioquia, y muchos otros más. Pero ¿cómo evaluar sin apasionamientos ese movimiento humano que nunca termina? La Nueva Granada, entonces una nación dispuesta a la transformación de su economía, reglamentó abiertamente la libre colonización de tierras fingiendo ignorar la ambición de los hombres y de las naciones extranjeras, mientras desconoció de manera crasa sus propios territorios y pueblos. Pero, si bien la Nueva Granada recogió de Europa la lección de esfuerzo para su desarrollo, en muchos casos los mismos europeos improvisaron a América, la burlaron, arruinaron sus posibilidades y dilapidaron su capital; aquéllos eran, sin embargo, los primeros pasos de una dependencia creciente que ya quiere tocar a su fin. En el lapso que requiere América para cobrar conciencia de sí misma, los postulados de “contemporaneidad” y “paralelismo” propuestos por Reclus, dolorosamente encuentran su realización en la Nueva Granada. Efectivamente, todo tiende a la homogenización de las estructuras, aunque con la rabia de los nacionalismos.

2. EL IDEAL GEOGRÁFICO

La idea particular que Reclus manifiesta del pueblo mestizo americano parece obedecer más a la idea de “convivencia de grupos”, que a lo que efectivamente fue, un sincretismo resuelto en favor del cristianismo y del espíritu independista, pero sincretismo paradójicamente distante de un etnocentrismo amplio y coherente, e independismo aún en lucha interna por su designio. Reclus valora, sin embargo, el ardor de los *creoles*, que no eran precisamente los descendientes directos de los africanos esclavos en América, ni de los europeos mediterráneos, sino los nietos mestizos de ambos integrados al paisaje y a las aspiraciones del nuevo mundo; producto étnico

del caribe con la suficiente fortaleza moral para adelantar el cometido de desarrollo de su patria y su región, lo suficientemente avisados también en materia de cosmopolitismo y concepto de la libertad; un pueblo que renovaba efectivamente los pueblos pilares del mestizaje caribeño: africanos, europeos y mestizos.

Los hombres de la Nueva Granada no difieren en nada de los niños, y cuando sienten comprometido su honor para hacer prosperar su país, para fundar escuelas, para abrir rutas, para cultivar su vasto territorio, hacen ciertamente todo lo que se puede esperar de ellos [...]. Las cualidades de los creoles granadinos son numerosas: si se les puede reprochar cierta pereza moral, no se puede negar su inteligencia, su bravura, su afabilidad y sobre todo su modestia (cap. VI, pág. 100).

Pero el gran tema del relato de Reclus es, sin lugar a dudas, la naturaleza tropical; la fascinación que ejercen en él la selva virgen, los caños, el cielo amplio, las abruptas pendientes de la Sierra Nevada de Santa Marta, que lo lleva a estructurar su narración como una apología de la naturaleza de las tierras del mediodía, comparable con la *Silva a la Agricultura de la Zona Tórrida* de Andrés Bello. Veamos sólo una muestra:

¡Qué felicidad cuando se anunció la mañana, fresca y deliciosa como lo es siempre en las regiones tropicales! Los árboles, las dunas, los horizontes se despejaron gradualmente de la semioscuridad que los envolvía; levantándose arriba de las selvas lejanas, el sol sembró de repente miradas chispeantes sobre las olas y doró el contorno del horizonte. Doblamos el promotorio de Punta Tapias; a cada paso se desenvolvía del lado del oeste un nuevo detalle del admirable panorama de las montañas. La cadena de la Sierra Nevada que habíamos avistado la víspera con sus pendientes superiores y sus glaciares, se nos apareció por completo de oriente a occidente y de la cumbre a la base, inmensa pintura encuadrada entre el azur del cielo y el de los mares. A la izquierda una vasta bahía redondeada en semicírculo prolongaba hasta el pie de la Sierra su larga curva de arena blanca entre el extenso azul de las aguas y la cintura verdeante de las selvas. Cual conos de verdura, más adelante se elevaban las primeras colinas, luego las montañas se escalonaban de manera diversa, las unas cubiertas de bosques, las otras de prados, y los cañones se dirigían más arriba

de los cañones mismos con sus degradaciones de luz, de sombra y de lejanía. Arriba de este amontonamiento de montañas se recortaba en el cielo la línea erizada de picos resplandecientes de nieve. Del todo al oeste la cadena proyectaba en el mar el promontorio de Punta Maroma, agudo como un hierro de lanza, y continuaba a lo lejos sobre las olas entre una espesa neblina; sin duda en una de esas nubes revoloteaban millares de mariposas blancas. Sobre la curva de la bahía de un largo de quince leguas se mostraban dos o tres cabañas que apenas se podían distinguir entre los árboles que las rodeaban: nada más recordaba al hombre en aquel espacio inmenso. La misma vida animal no tenía como representantes más que a las águilas que giraban arriba del mar. Una paz solemne reinaba en la naturaleza. El único contraste con esa tranquilidad soberbia del océano y de las montañas lo producían las olas que saltaban contra el escollo a poca distancia al norte de Punta Tapias. Por cierto, este bello espectáculo compensaba mis fatigas, y si mi largo viaje no me había procurado ninguna otra felicidad, me creía ampliamente retribuído (cap. XIII, págs. 192-193).

Cuando Reclus reeditó su relato en 1881 bajo el título *Viaje a Colombia*, con el nuevo título traicionó la idea estricta de su obra, pues él no viajó precisamente al país de la Sabana de Bogotá y de los valles del Cauca y del Magdalena, sino a la costa Atlántica; testigo de los rigores y complacencias de la naturaleza con el hombre, Reclus recorrió palmo a palmo el caribe colombiano descubriendo el paraíso que soñara Europa desde tiempos inmemoriales, hasta llegar por fin a la Sierra Nevada de Santa Marta, la feérica madre sierra de los aruacos; a sus collados y vallejos, a sus soledades y a su fértil bravura. Para Reclus el supremo fundamento del Nuevo Mundo no constituía por tanto un problema cultural, sino más bien natural; era la tierra la que ofrecía ubérrima todas las posibilidades, no el hombre, eran las variedades de especies las que formaban el panorama americano, no los pueblos allí congregados; en fin, era el trópico el que lo llamaba y movía a dar un paso tras otro en su afán por explorarlo y colonizarlo.

En su fascinación por la naturaleza, Reclus no pierde oportunidad para advertir y mostrar cómo la industria del hombre que lucha contra la naturaleza y la devora es en el trópico derrotada y puesta en su lugar; la maquinaria venida desde Inglaterra no consigue surcar los caños del Mag-

dalena, la verdura recupera los espacios abandonados de los que fueron florecientes poblados y puertos, el mar embate contra las estructuras militares de otros tiempos, y en los hombres mismos el trabajo se adormece a la hora calcinante de la siesta, la naturaleza implacable forja las costumbres y las hace muelles y tranquilas, hace a los hombres displicentes de esa tierra grandiosa que podría alimentarse al globo entero: "Desde luego en esta naturaleza tan libre y tan plena de vida, donde el paso y la voz del hombre parecen una profanación, se necesita ser bastante orgulloso para osar llamarse el rey de las criaturas" (cap. XIII, pág. 198).

3. EL IDEAL ANARQUISTA

Cuando en 1848 Louis-Napoléon Bonaparte organizó un plebiscito que le concedió la presidencia de Francia por 10 años, concesión ratificada en un segundo plebiscito, los hermanos Elie y Elisée Reclus, de ideas republicanas, siguieron con ardor la campaña de oposición y se vieron obligados a partir afanosamente hacia Inglaterra, donde frecuentaron a los socialistas exiliados. Esta primera experiencia ideológica de Reclus, que con el tiempo lo llevó a seguir las ideas del anarquismo, contribuyó positivamente a su visión de la Nueva Granada, liberando su espíritu de la pasión nacionalista y etnocentrista que expresa la mayoría de viajeros extranjeros. Reclus se propuso entender la realidad granadina, reflexionar sobre las características de su sociedad sin caer en evaluaciones simplonas ni en comparaciones desobligantes con los ideales de nación de su propia tierra.

Reclus plantea:

Nada más errado que los juicios hechos sobre las costumbres de un país según ideas preconcebidas (cap. X, pág. 157).

Un hombre que ha dominado los acontecimientos, que ha hecho obedecer al destino, no sabrá ceder a las gentes de la política, a los gendarmes, a los empleados de toda especie ni se plegará a las mil exigencias de una ley molesta (cap. XII, pág. 183).

En este orden de ideas, los ideales anarquistas de Reclus se pueden resumir en los siguientes términos: libertad absoluta, rechazo del poder, respeto de todos, elogio de la iniciativa individual. Tal pensamiento se adaptaba perfectamente a las intenciones de exploración geográfica y explotación agrícola de Reclus y le permitía establecer relaciones de solidaridad y participación con los diferentes representantes de los grupos sociales neogranadinos: creoles, indígenas, extranjeros, aprendiendo de cada cual su saber más genuino y captando su concepto de la realidad.

Fascinación, idealización y ecuanimidad realzan y orientan entonces el relato de Reclus, quien como auto-exiliado se plantea mucho más crítico con su propia sociedad y cultura que con la naciente nación americana: “Pese a la violencia de las pasiones meridionales, esta sociedad tan *shocking* en apariencia, es cuanto menos tan pura como la nuestra: la corrupción fría y conveniente, esa horrorosa plaga de nuestras sociedades modernas, es aquí completamente desconocida” (cap. X, pág. 157).

Como alegorista, Reclus habla de la Nueva Granada con el fin de debatir otras cosas diferentes, las que conciernen a Europa y a Francia, a la modernidad y a la civilización, al poder y a la libertad; así, según se deduce de su relato, la vida en Europa a mediados del siglo XIX presentaba a un hombre reducido a un espacio mínimo en una sociedad deshumanizada en la que los mayores valores eran la apropiación celosa de las cosas y la imagen de superioridad; las grandes conquistas históricas de la humanidad habían ido en Europa en detrimento de la libertad misma; fortalecidos los nacionalismos, el espíritu de civilización compartía sus días con las formas más sofisticadas de barbarie, llevadas a América como impronta de la condición humana. Sin embargo, la ausencia de críticas severas al sistema administrativo y a la organización social de la costa caribe colombiana, degenera en Reclus en una especie de teoría climatológica:

¿Cómo censurar a estas gentes por abandonarse a la felicidad física de vivir cuando todo aquí los invita? El hambre y el frío no los tortura jamás, la perspectiva de la miseria no se presenta ante sus espíritus, la despiadada industria no los empuja hacia adelante con su aguijón de bronce. Estas gentes cuyas necesidades son satisfechas inmediatamente por la benévola naturaleza no buscan ni siquiera reaccionar contra ella con el trabajo y disfrutan perezosamente de sus beneficios: son aún los niños de la tierra, y su vida se desarrolla en paz como la de los grandes árboles y flores (cap. VI, pág. 94).

Pero si los indígenas guajiros y aruacos eran laboriosos y organizados, ¿por qué no prosperaban sus sociedades?, si Cartagena continuaba siendo el puerto más idóneo para el comercio interno y externo del país, ¿por qué su abandono, su muerte lenta?, si Colón-Aspinwall era un marasmo infecto donde los hombres perecían a centenares, ¿por qué el empeño de los yankees allí? Las respuestas a estos interrogantes no nos las brinda el clima ciertamente, sino la problemática histórica particular de cada área.

Resulta claro que en la descripción de Reclus prima la pasión del geógrafo, del descubridor impresionista de la descomunal geografía americana; de New Orleans a la República de la Nueva Granada, del valle del Mississippi a la Sierra Nevada de Santa Marta, Reclus vive América como un deslumbramiento; para él la naturaleza tropical es descomunal y minuciosa artífice de las más desconcertantes formaciones de la gloria terrenal, donde los pueblos indígenas “aún conservan el espíritu de libertad y paz” que acribillara por siglos el yugo español.

La idea general que expresa Reclus de los indígenas neogranadinos activa su fascinación por aquella suerte de “buen salvaje” que pervive a pesar de la colonización. Los indígenas de San Blas, verbigracia, dan a Reclus el ejemplo de simpatía y bondad (falta de malicia); los guajiros bravíos e industriosos son el brillante ejemplo del pueblo indómito con un alto concepto de la libertad, mientras que los aruacos dan la lección de paciencia y humildad. Aunque resulta supremamente difícil unificar un criterio de ese “buen salvaje” en el que no se vea la honda herida de la colonización española

y de la intrincada convivencia con los grupos sociales que conformaban la nueva estructura civil granadina, Reclus se propone idealizar a los indígenas neogranadinos; él, que desconoce la otra Colombia, la que está Magdalena arriba, no imagina sus cumbres planetarias, sus valles ni su acento; su conocimiento impreciso y erróneo de la política centralista del país lo lleva a idealizar el concepto de "libertad" en esta nación emancipada; tiene la idea de que los chibchas recuperaron la hegemonía después de tres siglos de pillaje español, imagina que los indígenas retomaron las riendas de la cultura, que ante el mundo su ejemplo es el de la paz entre montañas, selvas y llanos, en cuyo seno sólo la espuela de la religión católica continúa azuzando el lenguaje y el pensamiento de la gente:

Pese a los vicios y defectos que son comunes a todas las naciones aún bárbaras, los Indios aborígenes están evidentemente en progreso, y probablemente serán para la provincia de Río Hacha lo que han sido los Indígenas del interior para el Socorro, Vélez y Pamplona, el elemento más importante de la regeneración social (cap. XI, págs. 169-170).

Colombia se encuentra fuera del dominio de los Incas, pero es pueblo de otras naciones indígenas que están aún incompletamente hispanizadas, constituyendo la parte más considerable de la población y ejerciendo una acción bastante importante en la vida política del Estado³.

Pero es otra la realidad; los indígenas granadinos se encuentran a expensas del desarrollo de las rutas de comercio, de la concesión de tierras y del envilecimiento que conlleva la adopción de las costumbres ajenas; en la sabana de Bogotá como en las demás regiones no es precisamente el indígena quien comanda la nueva empresa nacional, pues como se sabe, ha quedado reducido, integrado, marginado, devastado, segregado; otra sería la suerte cultural de América con los indígenas a la cabeza de las naciones modernas como lo pre-

³ ELISÉE RECLUS, *L'Homme et la Terre, histoire contemporaine*, Gallimard, Paris, 1990, pág. 67 (La traducción es nuestra).

sume Reclus, pero esa enmienda de la historia no tuvo Colombia la oportunidad de vivirla.

Poco a poco el ideal anarquista de Reclus pierde solidez, la realidad impone la dura lección de la imposibilidad de la empresa agrícola, y con ello el sueño de concordia y trabajo comunitario se viene a pique; no modifica las estructuras un simple ideal, ni se llega al fondo del intrincado sincretismo americano con el estandarte de la "libertad"; el pueblo granadino afronta su designio, Reclus da vuelta atrás:

No sin pena había esperado el término de mi viaje, y podía considerar que la obra de la colonización había comenzado seriamente. Evocadas en parte por la fiebre mis vanas ilusiones flotaban ante mi espíritu: ya veía las pendientes de las montañas cubiertas de campos de café y de bosques de naranjos; los Aruacos, felices y libres, fundaban comunidades florecientes, se habrían escuelas para los hijos de los Indígenas, se abrían rutas en todas las direcciones, ¿qué sé yo?, un servicio regular de paquebotes ponía en comunicación el puerto de Dibulla. Efectivamente, todas esas cosas se realizarían algún día, pero yo no estaría allí para nada, pues todas mis esperanzas personales estaban condenadas a desvanecerse miserablemente (cap. XV, pág. 230).

Tentativas como la de Reclus, frustradas o realizadas, fueron y son la muestra de cómo la inmensa potencialidad del país de El Dorado quedó signada prematuramente por la dependencia administrativa y económica del extranjero, pues fueron ellos, sin complejos ni limitaciones, quienes tomaron la delantera en el cometido ineludible del desarrollo. El documento geográfico narrativo de Elisée Reclus, fina exultación de la deslumbrante naturaleza americana, constituye a su vez una sobria visión de la intrincada sociología neogranadina, un decoroso alegato del difícil proceso de acomodación de los grupos étnicos a las posibilidades de desarrollo de la nueva nación.

JUAN MANUEL CUARTAS R.